

en un conmovedor cuento de amor filial, se nos presenta a un protagonista de «piel morena y pelo negro ensortijado».

Es con su cuarto libro de cuentos, *En este lado* (1954), que la obra de González tiene su «boom» en el tema, pues de las diez narraciones cinco giran en torno a uno o varios personajes negros. Pero el logro de nuestro autor no es sólo de carácter individual, ya que es la primera vez que un cuentista isleño le dedica tantas narraciones a este importante elemento étnico de nuestra esencia cultural.

En su ya clásico y antológico cuento «En el fondo del caño hay un negrito»<sup>22</sup> —el más hermoso del autor, según René Marqués y Concha Meléndez—, González nos presenta una nueva versión del tema negroide. El niño negro Melodía —el protagonista más joven de la cuentística puertorriqueña y por consiguiente del tema—, que aún se mueve gateando, ve por primera vez al otro negrito en el fondo del caño temprano en la mañana a los dos o tres días después de haberse mudado al arrabal, y es sorprendido por su padre. Su familia no tenía qué comer y le apaciguaba el hambre con guarapillos de guanábana. Melodía se contempla en la superficie del agua y al ver su imagen piensa ver a otro negrito que le es amigable y le saluda con la manita. Al mediodía vuelve a asomarse y la madre lo retira del peligro, pero en él queda una sensación de simpatía hacia «el otro negrito». Al atardecer, poco antes de que el padre regrese con alimentos del duro trabajo que había conseguido por ese día, Melodía, por tercera vez, ve al negrito que le sonreía, y entonces «sintió un súbito entusiasmo y amor indecible por el otro negrito, y se fue a buscarlo».

En este cuento se pueden apreciar claramente algunos de los valores de González como cuentista: concisión, dramatismo y profundidad poética. Este último elemento se hace sentir en todo el relato: las descripciones del paisaje, la atmósfera de delicadez y hasta el nombre del negrito. González hace gala de una tierna poesía y de tal forma nos provee la innovación de un enfoque poético en el tratamiento del tema, brecha que van a adoptar más adelante Emilio Díaz Valcárcel, Edwin Figueroa y Luis Rafael Sánchez.

La protesta social es evidente. El autor critica las injusticias contra el proletariado —en este caso una familia negra que vive muriendo, enterrada en el fango de los manglares— y ataca el régimen capitalista, donde los acomodados económicamente no se preocupan por los que viven en miseria y abandono, o viven ajenos a tal situación. Es la primera vez que se nos presenta al negro en el arrabal citadino y su lucha por la sobrevivencia en ese nuevo ambiente.

«La galería» nos narra —dentro del marco principal del relato— cómo un ama de leche negra tiene que sacrificar a su propio hijito para salvar al hijo del hacendado blanco. La narración es una fuerte denuncia al trato de los negros y de su poca importancia

<sup>22</sup> Aparece en las siguientes antologías: Antología de cuentos puertorriqueños, Cuentos puertorriqueños de hoy, El arte del cuento en Puerto Rico, El cuento (*de Concha Meléndez*) y Antología general del cuento puertorriqueño (*de Cesáreo Rosa Nieves y Félix Franco Oppenheimer*).

Además aparece traducido al inglés bajo el título de «There's a Little Negro at the Bottom of the Caño» en la antología de literatura internacional *New World Writing*, que patrocina la editorial neoyorquina *The New American Library of World Literature, Inc.* También se publica en inglés bajo el título «There's a Little Colored Boy in the Bottom of the Waters», en la antología de *Kal Wagenheim*, *Short Stories from Puerto Rico*, pp. 99-103.

como seres humanos. El complejo de superioridad del hombre blanco hacendado aparece claramente expuesto en expresiones como: «¡Un negro menos no le va a hacer falta a nadie!».

En el relato que da título al volumen, «En este lado», González trata el discrimen contra los negros en los Estados Unidos. De tal forma ha transferido sus escenarios (ahora Nueva York y Cuernavaca) y sus personajes insulares (ahora el protagonista es un norteamericano negro de nombre Bill Rawlings) para ofrecernos un cuento de dimensiones universales. El cuento muestra los conflictos psicológicos y físicos de un negro que sostiene relaciones amorosas con una mujer blanca. El hecho de que González haya mudado los ingredientes narrativos fuera de nuestra realidad insular, no nos exime de un problema de tal naturaleza, sólo que entre nosotros el dilema está más disfrazado.

En «Santa Claus visita a Pichirilo Sánchez», González nos hace ver otra vez la triste y miserable vida del arrabal mediante los sueños de dos niños de ocho años y su choque con la amarga realidad. De las dos bellas caracterizaciones infantiles que logra el autor —Pichirilo y Alejo Cintrón—, la del negrito Alejo es muy acertada y convincente. El autor aprovecha el personaje para destruir conceptos erróneos sobre «que todos los negros son brutos», pues Alejo demuestra ser todo lo contrario y se da cuenta «que Santa Cló no es na más que pa los blanquitos». Alejo forma junto con Melodía una de las parejas de personajes infantiles más inolvidables de la cuentística puertorriqueña.

González en «El arbusto en llamas» vuelve a alejarse del escenario isleño y se ocupa de la discriminación racial en los Estados Unidos. El relato es una historia de némesis: Lee Malloy, un soldado racista del sur de Estados Unidos, muere acorralado y quemado con bombas de napalm en la Guerra de Corea, tal como él lo hizo con un negro de Mississippi. Aquí se juntan la inhumanidad de la guerra y la condena del prejuicio racial. El linchamiento del negro ocurre porque se dice que violó a una mujer blanca «que se había acostado con medio pueblo». Pero los blancos no pueden concebir que un negro abuse sexualmente de una mujer blanca, pues siempre, por tradición, es aceptable que sea lo opuesto. (Este mismo elemento lo tratará René Marqués en «Isla en Manhattan»).

La última creación cuentística de González que trata el tema, «Historia de vecinos» —que todavía no ha sido recogida en libro—, se publica en la revista *Sin Nombre* en 1975. El cuento trata de un estudiante puertorriqueño en París, a quien se le acaba la vigencia de la beca y tiene que buscar trabajo para mantenerse mientras finaliza la preparación de su tesis doctoral. Una agencia de empleos lo envía a un almacén de materiales de construcción, donde le pagan la mitad de lo que ganaría un francés, con el propósito de suplantar a un negro martiniqueño a quien piensan despedir. En la conversación que estos dos sostienen descubren sus raíces comunes de hombres del Caribe, coloniales, exiliados. El negro, que hace veintidós años que reside allí y «se siente tan extranjero como el día que llegó», añora el cielo, el sol, el mar y las frutas —la piña, el mango— de su tierra caribeña. Finalmente, el estudiante decide marcharse sin suplantar en el empleo a su vecino del Caribe. En este relato más que una denuncia social late un sentimiento de solidaridad humana. Pues ambos personajes, no importa el color —en ningún momento se nos dice si el puertorriqueño es blanco o negro— o la condi-

ción social, son hombres del Caribe con profundas y semejantes raíces afro-antillanas que comparten y aceptan.

En suma, González tiene el privilegio de ser el gran propulsor de las nuevas características del tema que van a seguir la inmensa mayoría de los escritores de la generación del cuarenta que presenta al negro en sus relatos. Este autor da auge a una actitud de fuerte denuncia social prácticamente desconocida hasta este momento, pues sólo «Bagazo» (*Terrazo*, 1947) de Abelardo Díaz Alfaro, se le anticipa. Además nuestro autor ha introducido muchas innovaciones al tema: la vena poética, el niño negro como personaje, el negro en el arrabal citadino, la discriminación racial fuera del contexto insular, la desmitificación de los estereotipos del negro y la búsqueda de la solidaridad humana.

El negro y lo negro son temas importantes y constantes en la obra de Luis Rafael Sánchez, especialmente en su cuentística. En su reciente ensayo «La gente de color: cariños y prejuicios», el autor entra de lleno en la situación del boricua del color, y en sus obras teatrales *Cuentos de la cucarachita viuda* y *La pasión según Antígona Pérez* aparece como tema secundario. Ya sea como elemento principal o secundario de la obra, Sánchez ha demostrado una profunda preocupación por esta muchas veces ignorada temática, que tanta importancia tiene para nuestra esencia cultural.

Sánchez —figura de transición entre la generación del cuarenta y la del setenta—<sup>23</sup> con su colección *En cuerpo de camisa* (1966) anuncia mundos, personajes y maneras distintas en el cuento de tema negro. De los once relatos que componen el volumen, cuatro presentan al negro y lo negroide como foco principal de la narración.

«Aleluya negra» —publicado originalmente en *Asomante* en 1961 y premiado por el Ateneo Puertorriqueño en 1960— es un cuento clave del autor, pues es ahí donde concentra y refina sus ideas sobre la problemática negroide. Pero podemos ir más allá todavía y afirmar que es un cuento clave para el ciclo temático en general, pues es la apertura a los nuevos enfoques que prevalecen hoy día. La trama del cuento es mínima: la joven mulata Caridad se deja seducir por Carmelo el Retinto, un «condenao negrito prieto que lleva el diablo por dentro». Dominan este relato, pues, el lenguaje —saturado de raíces populares—, el tono poético —al estilo de Luis Palés Matos— y el elemento musical, que ofrece una ambientación puramente negra.

«Aleluya negra» define al negro como un ser esencialmente sexual y erótico, y en lugar de negar o condenar esta tendencia la ensalza. Desde el título del relato palpamos una «aleluya» y exaltación del negro y la negritud. Estamos ante un nuevo «dios hermosamente negro, benditamente negro, maravillosamente negro».<sup>24</sup> Esta exaltación es una clara reafirmación del negro como parte medular de nuestro mestizaje cultural y racial, elemento someramente visto en «Sol negro» de Emilio Díaz Valcárcel.

El mismo elogio y aprecio por el negro y lo negro es apreciable en «La parentela». En dos aspectos podemos apoyar nuestros planteamientos: la indicación de belleza física de los personajes —la nariz, por ejemplo— y la aceptación de sus creencias religiosas de transfondo africano: el espiritismo.

<sup>23</sup> Díaz Valcárcel, «Apuntes sobre el desarrollo histórico del cuento literario puertorriqueño y la generación del 40», p. 17.

<sup>24</sup> Luis Rafael Sánchez, *En cuerpo de camisa* (*Río Piedras: Editorial Antillana*, 1975), p. 30. En adelante todas las citas del texto pertenecen a esta edición y las páginas se indicarán en paréntesis.